

La nueva novela de



Los OJOS
de BRUNA

CONTRALUZ

INMA
CHACÓN
Los ojos de Bruna

Primera edición: marzo 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Copyright © Inma Chacón, 2025

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-45-1

Depósito legal: M. 27.129-2024

Printed in Spain

*A mi familia,
mi ancla siempre.*

*Y todos los que saben ver
sin ayuda de los ojos,
en especial a Carmen, a Silvia y a Jennifer
que me enseñaron tanto.*

PRIMERA PARTE

La luz es más que un agente físico que hace visibles las cosas. Es el orden, un patrón repetitivo que da forma a la vida que me rodea. La descubro tocando, surcando los límites, percibiendo cómo los rayos impactan sobre las texturas.

La madera es luz, en su nacimiento y en su muerte, bajo el yugo del fuego. Junto a ella, los ruidos luminosos gritan alegría, la fuerza de una presencia, allí, donde se corta el viento y la textura reluce transmitiendo calor.

Las flores también son mi luz, suavidades llenas de vida. Porque yo no la busco, sino que la llevo dentro, en el corazón, y se proyecta hacia todo lo que toco.

El agua y sus sonidos me inspiran luz, una luz muy brillante. Puedo sentir los reflejos de ese espejo immaculado.

Cuando el calor del sol roza mi piel y sube la temperatura, a mi alrededor todo despierta, salgo a celebrar la luz. Acepto esa invitación al regocijo para continuar con el juego, el juego de las cosas importantes.

La luz es emoción porque es variable y contagiosa. Encontrar el equilibrio entre la luz y la sombra, entre el movimiento y la quietud, entre la palabra y el silencio. Luz.

SILVIA MICÓ, *Ternura y coraje*

1

La niebla se extendió sobre la comarca como un velo blanquecino que presagiaba malos tiempos para la aldea, invasivo y transparente. La noche estaba a punto de caer, pero el aire aún conservaba la luz azulada de las últimas horas del día. El frío se había incrustado en los tejados, en los muros, en los troncos de los árboles, en las piedras de las tapias y en los adoquines de las calles, en forma de minúsculas gotas heladas.

El poblado coronaba la cima de un cerro de casi ochocientos metros de altitud conocido como el Monte del Risco, cuyas laderas pertenecían a dos provincias limítrofes que se arrogaban el derecho de propiedad de toda la montaña, sin haber llegado a un acuerdo jamás.

En el punto más alto de la cumbre, junto al campanario de la iglesia, sobresalía un caserón flanqueado por dos torres gemelas, al modo de los castillos medievales. La casa, como el resto de las viviendas del lugar, pertenecía a una familia nobiliaria, los vizcondes de Altaslomas.

No era la primera vez que la comarca sufría una bajada de temperatura similar a la de aquel mes de diciembre. Diez años atrás, la aldea vivió otra noche helada que se

quedaría en la memoria de todos como un referente de la tragedia. Un suceso de consecuencias irreparables, en medio de un frío como el de aquella noche. Un frío que corta y que duele. El mismo que sintieron los lugareños cuando sonó la última campanada de las ocho, y se oyó un grito que retumbó entre la niebla y se extendió por las laderas del monte.

—¡Mi niña! ¡Mi niña! ¡Mi niña!

Los visillos de algunas ventanas dejaban traspasar las luces de los quinqués y de las chimeneas encendidas, pero casi todo el pueblo permanecía semi a oscuras, difuminado entre la bruma como en una postal.

Hacía un par de horas que el alguacil había encendido los faroles de las plazas de la iglesia y del ayuntamiento, el de la entrada de la casona y el de la calle Mayor, los únicos puntos de luz de que disponía la aldea.

Olía a humo y a invierno.

En las mañanas de los días claros, cuando el sol rebotaba en el blanco de los muros y en el verde de los árboles, cualquiera diría que aquel pueblecito de apenas doscientas almas podría ser el escenario de una leyenda sobre espíritus inconformistas que no quieren abandonar este mundo. Cualquiera lo diría. Pero resultó ser el de un crimen que conmovería a todos los habitantes de la comarca y de las provincias vecinas.

El calendario marcaba el 30 de diciembre de 1870, una fecha que se escribiría en la Historia de España como el día en que Amadeo de Saboya, segundo hijo de Víctor Manuel II de Italia, desembarcó en Cartagena para ocupar el trono español, vacante desde que Isabel II saliera expul-

sada del país dos años antes, tras la llamada Revolución Gloriosa.

La misma noche del crimen, moría el artífice del acuerdo de coronación del príncipe italiano, el General Prim, tiroteado tres días antes en su carruaje, al volver de una sesión del Congreso donde se votaba el presupuesto para la nueva Casa Real.

En Aldea del Risco, sin embargo, esa fecha se recordaría como el comienzo de un camino que todos los parroquianos se verían obligados a emprender, lo quisieran o no. Un camino sin retorno del que pocos saldrían ilesos, que comenzaría en la oscuridad de una noche que llegaría a conocerse en toda la comarca como «la noche del crimen de la Casona de la Cumbre».

La niebla se había ido intensificando conforme avanzaban las horas. Poco antes de oírse el alarido, cuando las campanas de la iglesia tocaron el cuarto para las ocho, se había apoderado por completo de la cima de la montaña, convertida en una nube que apenas dejaba vislumbrar las edificaciones.

Todo era quietud y silencio hasta que el grito de socorro se coló en cada casa de la aldea.

—¡Mi niña! ¡Mi niña! ¡Mi niña!

Nada se movía en la tierra ni en el aire. Nada se escuchaba en las calles ni en los huertos. Ningún sonido entraba o salía de las alcobas ni de los corrales. Si acaso, el del frío, ese frío que silba y escuece en los ojos y en los huesos. Ese que se cuela por las holguras de las ventanas, por debajo de las puertas, por los graneros, por las alacenas, por los altillos, por los cristales empañados, por la falda de

la mesa camilla, por los embozos de las sábanas, y hasta por la memoria.

Era viernes, la víspera de una Nochevieja que se llenó de lágrimas y de palabras de duelo.

La aldea no tardó en acudir como un solo hombre a la Casona de la Cumbre, el lugar de donde procedían los gritos.

Un solo hombre para comprobar la tragedia, para ver el horror de la sangre, del cuerpo inocente, de la boca que ya no sonreirá, del desconuelo de lo que no tiene remedio ni se puede entender.

Un solo hombre para tratar de imaginar quién le haría daño a una criatura incapaz de defenderse. ¿Por qué? ¿Dónde está escrito que un ángel puede morir a manos de un cobarde? ¿Qué monstruo habría ejecutado un acto de semejante vileza?

Todo ocurrió en menos de cinco minutos, mientras la tía de la víctima bajaba al sótano para rellenar uno de los quinqués del comedor.

La lámpara había empezado a tintinear cuando se disponían a tomar el postre y, aunque había otras dos más pequeñas en sendas mesitas auxiliares, el comedor era demasiado grande y se estaba quedando en penumbra.

—Le falta aceite a un candil —dijo la sobrina mientras colocaba un dedo sobre el borde de la taza, para evitar derramar el café que se iba a servir ella misma.

—¿Cómo lo sabes?

—Chisporrotea.

—Nunca me acostumbraré a que veas con los oídos mejor que yo con los ojos.

—Tú me enseñaste. ¿O es que ya no te acuerdas?

—Yo me acuerdo de todo.

Pero no era cierto, la tía no se acordaba del detalle del chisporroteo. Sí recordaba haberle enseñado otras formas de manejarse en la rutina diaria y en cualquier circunstancia que se le pusiera por delante, por supuesto. Cómo no iba a recordarlo. Ella le había enseñado prácticamente todo lo que aprendió en los últimos diez años.

Llegó a la Casona de la Cumbre en diciembre de 1860, cuando la pequeña tenía ocho años, poco después del accidente que se llevó a su madre y dejó ciega a la niña.

Nadie estaba presente cuando, aquella noche aciaga de hacía diez años, un ascua de la chimenea saltó a la alfombra del cuarto de doña Blanca Gutiérrez de Villafranca, la señora de la casona, y de allí se extendió a la ropa de cama, a las cortinas y a todas partes.

Hacía tanto frío que la niebla se congelaba sobre las ramas secas de los árboles, sobre los hilos de las telas de araña y sobre los tejados, en una intensa cencellada que le daba al Monte del Risco el aspecto de un paisaje nevado muy propio de la Navidad. La escarcha no había esperado a las primeras horas de la mañana para condensarse. Hasta tal punto se estaba intensificando que parecía que en cualquier momento podría colarse hasta el interior de las viviendas por alguna rendija.

No era costumbre de la casa que las chimeneas permanecieran encendidas de noche, pero, en aquella ocasión, la señora le había pedido al servicio que dejase los rescoldos

de la de su dormitorio y, según la versión oficial de los hechos, el fuego debió de avivarse por sí solo y se extendió por la torre del ala derecha de la casona, donde se encontraban los dormitorios familiares.

La señora debió de morir antes de que las llamas alcanzasen las sábanas y las mantas, porque nadie la oyó gritar, y apareció tendida sobre la cama, sin el menor indicio de que hubiera intentado huir.

El señor no se encontraba en el caserón, los criados ocupaban las habitaciones del ala opuesta de la vivienda, sobre la cocina, donde no llegó el fuego, y a la pequeña la encontró su tata envuelta en humo, sin parar de llorar y de llamarla, mientras caminaba aterrorizada por el corredor, con las manos abiertas y los brazos extendidos hacia el frente, según la tata, como un presagio de la vida que le esperaba.

—¿Se da usted cuenta, señor Mateo? —le dijo a uno de los dos guardias civiles que llegaron a la aldea para investigar el crimen de la Casona de la Cumbre el 13 de marzo de 1871, dos meses y medio después de que se iniciase una primera investigación que no convenció al juez provincial—. El incendio fue por la noche, y ella no vio nunca más la luz del día. ¡Pobrecita mía! Tener que vivir lo que vivió en aquel infierno. Sola entre tanto humo. Sin saber hacia dónde tirar. Era como una ternera recién nacida. Andaba con la cabeza apuntando a lo alto, meneándola de un lado a otro, con los ojos pitañosos, más cerrados que abiertos. Y no dejaba de llamarme y de buscarme con las manos. Esas manitas que fueron su vista desde ese día y esa hora. ¡Maldito presagio!

A partir de entonces, la tía se encargó de ayudar a la tata, y de enseñarles a las dos los trucos que ella aprendía

para hacerle la vida más fácil a la pequeña. Tan solo se llevaban nueve años, pero, desde que llegó al pueblo para echarle una mano a su hermano con ella y después decidió quedarse para cuidarlos a los dos, la tía siempre ejerció de madre con su sobrina.

La Casona de la Cumbre era un conjunto arquitectónico de granito y muros encalados, en cuya fachada principal, sobre una enorme puerta de madera maciza, colgaba el escudo del vizcondado de Altaslomas, el título nobiliario perteneciente a la familia propietaria del inmueble desde su construcción a mediados del siglo XVII, y de la finca que daba nombre a la casona, la Hacienda de la Cumbre.

El emblema nobiliario, esculpido en granito, se encontraba dividido en dos mitades idénticas, compuestas por dos torres colocadas sobre la cima de sendas lomas, una a cada lado del blasón. Por la parte exterior, abrazado a los bordes, desde la punta hasta la corona de cinco perlas propia del título de vizconde, llevaba esculpido un motivo floral compuesto por ramas entrelazadas de castaño y de cerezo, los árboles más presentes en la comarca.

El portalón daba acceso a un patio porticado donde confluían las cocheras, las caballerizas, las viviendas de algunos trabajadores de la hacienda, la entrada a la casa grande, blasonada con la misma divisa esculpida en granito, y una valla de piedra con una cancela que daba acceso a un huerto y a un pequeño campo de cerezos y castaños que bordeaba uno de los laterales del edificio y llegaba hasta la parte trasera.

María Julia Pacheco delValle tenía diecisiete años cuando pisó la casona por primera vez. Al principio, ella era los ojos, los pies y las manos de su sobrina, y después, paso a paso, consiguió que se fuese valiendo por sí sola en casi todo. Le enseñó a usar el bastón para esquivar los obstáculos que tuviera delante. Se informó de cómo debía usar los cubiertos y los útiles de cocina. Aprendió a leer y escribir con un sistema de puntos para poder enseñárselo a ella y, a través de numerosas revistas que su padre, el abuelo de la niña, le enviaba desde la capital del país, averiguó un sinfín de recursos para salvar los problemas que podrían presentársele.

El método de lectura lo inventó un ciego francés hacía casi medio siglo, y se había extendido por Europa como una bendición. La tía lo conoció gracias a un amigo de su padre, un inventor ciego de nacimiento, inquieto y sabio como el que más, experto en las artes de navegación de los globos aerostáticos.

El sistema consistía en grabar una serie de pequeños abultamientos en una cartulina, con la ayuda de un punzón y una regleta. Los puntos se distribuían en unas celdas imaginarias, donde cabían seis bultitos colocados en filas de a dos. Cada letra y cada signo de puntuación se correspondía con una celda y se distinguía de los otros por la distribución y el número de puntos que los representaban. Las primeras letras coincidían con los números arábigos, a excepción del cero.

La «a» y el «1», un punto en el ángulo superior izquierdo de la celda. La «b» y el «2», dos puntos, el primero como la «a» y el segundo debajo. La «c» y el «3», dos puntos contiguos en la primera fila horizontal. La «d» y el «4», tres puntos ajustados al ángulo recto de la parte superior dere-

cha de la celda. Y así hasta la zeta, el nueve, la coma, el guion, el paréntesis y los demás signos ortográficos.

—Mira, toca —le decía la tía a la sobrina mientras le llevaba la mano a la cartulina, en cuyo envés había grabado la primera letra con un punzón—. Esta es la a. Solo tiene un punto. Se aprieta con el punzón de derecha a izquierda, y se queda grabado el punto hacia dentro. Luego se le da la vuelta al papel para que se note el bultito y poder leer de izquierda a derecha, como has leído siempre. La regleta sirve para mantener la línea y no perderse. Mira, toca, ¿lo ves?

Y la niña lloraba y retiraba la mano para taparse los ojos.

—Yo no veo nada.

—Ya lo sé, mi niña, pero verás. No siempre hacen falta los ojos para ver el mundo.

—¿Tú has visto el mundo?

—Pues claro. Y te lo voy a enseñar enterito.

La niña se llamaba como su abuela paterna, María Bruna de Casia, en honor a la patrona de la aldea, la santa de los casos imposibles y desesperados; para la tata, otro presagio de lo que la vida le tenía reservado a la pequeña. Algunos, como su padre y el cura del pueblo, la llamaban María Bruna, o incluso, cuando pretendían aleccionarla o recriminarle alguna falta, utilizaban el nombre completo, María Bruna de Casia; sus amigas y gran parte de los vecinos le decían Bruna o Brunita; otros la conocían como «la niña de la casona» o «la niña de la casa grande»; y su tía y su tata siempre la llamaban «mi niña», aunque hablasen de ella la una con la otra, como si rivalizaran en el pronombre que las convertía en las mayores poseedoras del cariño de la pequeña.

A la tía la había bautizado su madre como María Julia porque nació un diez de julio luminoso y feliz, pero la aldea la conocía como la tía Julia o la señorita Julia.

Tía y sobrina se entretenían con cualquier cosa. Las dos eran alegres. Juntas consiguieron perderle el miedo a la ceguera de la más joven y demostrarle a todo el mundo, en especial a la tata y al padre de la niña, que la falta de vista no le impediría desarrollar las actividades en las que habría ocupado su tiempo si fuese vidente.

Bruna ayudaba a su tía a organizar las tareas de la casa con el ama de llaves, aprendía con su padre a manejar las cuentas de las tierras que tenían en arriendo, leía novelas especialmente transcritas para ella en el sistema de puntos, gracias al amigo de su abuelo, y se divertía bailando en las fiestas cogida del brazo de su tía Julia, vestida con el traje típico de la región. Incluso jugaban a las cartas con su tata, con una baraja que Julia había adaptado grabando en las esquinas de cada naipe el número y la inicial del palo correspondiente.

—¿Usted también sabe leer en el sistema de puntos, señora Berta? —le preguntó a la tata Nicolás Torrehermosa, el segundo guardia civil que llegó a la aldea, junto a Mateo Granjeño, para investigar el crimen por orden del juez provincial.

La primera investigación se inició el mismo 30 de diciembre de 1870, nada más suceder el asesinato. La llevó a cabo el vizconde de Altaslomas, el dueño de la aldea y de gran parte de las fincas de la comarca, que ejercía como alcalde de la localidad.

El regidor investigó los hechos durante más de dos meses. Tomó declaración a toda la comarca. Removió cielo y

tierra en busca del arma del crimen hasta que la encontró en la cocina de los presuntos asesinos y, ese mismo día, el 8 de marzo de 1871, los detuvo y los entregó personalmente en el Juzgado Provincial.

No obstante, según el criterio del juez, había que continuar con las indagaciones, porque era muy probable que se hubiese encarcelado a dos inocentes. De manera que ordenó una nueva investigación a las comandancias de la Guardia Civil de las dos provincias a las que pertenecía el Monte del Risco.

Los agentes Nicolás Torrehermosa y Mateo Granjeño llegaron a la aldea el 13 de marzo, con la intención de convocar en la biblioteca de la casona a todos los habitantes de la aldea, a la familia y a la servidumbre del terrateniente, para tomarles declaración.

—¡Qué voy a saber! —respondió Berta a la pregunta del agente Torrehermosa—. ¡Si ni conozco las letras normales! ¿Ha visto usted alguna vez a una sirvienta que sepa juntarlas? ¡Aunque ya me hubiera gustado, no se vaya a creer su excelencia!

La tata Berta se revolvió en su asiento. Se había sentado frente a los investigadores, en uno de los sillones de la biblioteca, utilizada desde ese momento como la central de operaciones de la investigación. Ella hubiera preferido quedarse de pie, como cuando empezó a investigar el señor vizconde, la misma noche del crimen, e interrogó a un sirviente detrás de otro allí mismo, y a cada aldeano y a cada aparcerero de la hacienda; él sentado en su mesa de despacho, y ellos de pie enfrente de él. Más de dos meses estuvo interrogándolos a todos con el al-

guacil al lado, y no una vez, sino varias, y en ninguno de los casos les pidió que se sentasen en los sillones, como se habían tomado la libertad los agentes de la Guardia Civil. La tata Berta se encontraba incómoda, fuera de lugar. Aquellas butacas eran para la familia y para los invitados. Jamás se le hubiera ocurrido ni siquiera probarlas, pero los guardias civiles se lo habían ordenado, y habían sido tan tajantes que no se le pasó por la cabeza desobedecerlos.

—¿No le enseñó a manejar el punzón la señora Julia? ¿Aunque solo fuese para escribir las vocales?

—¡Qué vocales ni qué vocales! ¡Eso era cosa de ella y de mi niña! ¡A mí con mis cosas me sobraba! ¡Pues anda que no tengo yo faenas que hacer en esta santa casa!

—¿Serán muchas sus ocupaciones, verdad, señora Berta? —preguntó Nicolás como si estuviera respondiendo a la pregunta al mismo tiempo que la formulaba.

—¡Muchas, sí, señor!

—Me lo imagino. Este es un caserón enorme. Supongo que la señora Julia sería un alivio para usted, cuando llegó y empezó a ocuparse ella de la niña.

—¡No, señor, no lo suponga! ¡Alivio ninguno! No se confunda. ¡A mí no me pesa el trabajo! Ella no vino para descargarme a mí de nada. Le enseñó lo que yo no podía enseñarle, bendita ella, que lo hizo con todo el cariño del mundo y le enseñó de todo y muy bien, pero yo siempre me ocupé de mi niña.

—No sé por qué me da la impresión de que hay algo en la señorita Julia que no le agrada —observó el brigada Mateo Granjeño.

—A mí no tiene que agradarme ni que desagradarme. Y tampoco podría decir ni una cosa ni la otra. Ella es de la familia del vizconde y yo soy una sirvienta, creo que sobra decir nada más.

—Pero con la joven Bruna sí se llevaba muy bien.

—Sí, señor, estupendamente. Desde que llegó a la hacienda.



Entre Bruna y Julia no hacían falta palabras. Se entendieron desde el primer momento, como si se conocieran desde antes de que Bruna perdiera los ojos. La pequeña sabía cuándo su tía entraba o salía de una habitación, porque entre las dos eligieron el perfume que debía llevar, suave pero característico. También decidieron los zapatos que cada criado debía calzarse y el lugar que ocuparía cada mueble para siempre, para que pudiera moverse por la casa sin necesidad de bastón. A su padre también lo convencieron para que usara siempre el mismo tipo de zapatos y, en lugar de que se perfumara, le pidieron que fumase en las pipas que su abuelo tenía en sus habitaciones, aunque podía identificarlo por los pequeños silbidos que se le escapaban al respirar y porque carraspeaba de diferentes maneras.

—Mi niña decía que sabía si estaba contento o enfadado por cómo carraspeaba —les contó la tata a los guardias civiles—. Si estaba enfadado sonaba como un mulo recién despertado de la siesta. Y si estaba contento, como un caballo que le estaba diciendo a la yegua que la quería con todo su corazón. Pero sobre todo lo distinguía por el olor dulzón de las pipas. Nadie en la casa olía como él. Yo creo que lo distinguíamos todos.

—¿Y era así? ¿La quería? —preguntó Mateo.

—¿Que si la quería? —respondió la tata—. Ya lo creo que sí. Pero a veces tenía unas maneras...

La tata vaciló y se quedó pensativa. Como si algo la hubiera obligado a callarse de repente. Nicolás le hizo un gesto de no entenderla y acercó su sillón al de ella.

—¿A qué se refiere, Berta?

—Él no hablaba mucho con mi niña. Bueno... con nadie habla mucho... Menos mal que vino su hermana y se inventó todas las cosas que le enseñó. A veces jugaban a esperarnos detrás de una cortina y, a cada golpe que aparecíamos, salían las dos voceando los nombres de cada cual. Se ponían lo mismo de presumidas cuando atinaban. ¡Qué risa pasábamos con tanto escondite!

—¿Y usted no jugaba con ellas? —le preguntó Mateo Granjeño.

—¡Yo qué voy a jugar!

—Era su niñera —añadió Nicolás Torrehermosa—, las niñeras juegan con los niños a su cargo, ¿no es así? ¿O ella solo jugaba con la señorita Julia?

—¿No jugaba usted con la señorita Bruna? —repitió Mateo—. Es de suponer que, al menos cuando era pequeña...

La tata los miró desconcertada por la insistencia, chasqueó los dedos como si se le hubiera quedado una palabra en la punta de la lengua, y rectificó lo que acababa de decir.

—¡Bueno... claro está que jugaba con mi niña! Sobre todo antes de quedarse ciega la pobre. ¡Cómo no! Y luego después también. La señorita Julia me enseñó a jugar a las cartas y nos pasábamos tardes enteras en comandita.

—¿Diría usted que su relación con la joven Bruna cambió con la llegada de la señorita Julia? —continuó preguntando Mateo—. Supongo que no sería fácil para usted.

—¿Qué quiere decir? ¿No estará imaginando que yo...? ¡Por la Virgen Santa y Purísima! ¡¿Cómo pueden ustedes creer...?!

—No se preocupe, señora Berta —la cortó Nicolás intentando tranquilizarla—, no creemos nada en absoluto, son preguntas de rutina. Tenemos que saber todo sobre esta hacienda y los que viven aquí, y mientras más preguntemos, más pronto sabremos lo que pasó. Pero usted no tiene de qué preocuparse.

—Por supuesto —corroboró Mateo Granjeño—, no tiene usted de qué preocuparse.

—¿No voy a preocuparme? ¡Se les ve la intención! ¡Tanta pregunta y tanto suponer y suponer! Pregúntenle a cualquiera en diez leguas a la redonda. No encontrarán un solo paisano en la comarca que no me conozca y no les cuente cómo quería yo a mi niña, y el trato que he tenido de siempre con la señorita Julia.

—¿Sabía usted que la señorita Bruna tenía un pretendiente? —le preguntó Nicolás Torrehermosa para desviar el tema y recuperar la cordialidad con la que se había producido el resto del interrogatorio. Debía relajarla para poder tirarle de la lengua y que continuase hablándoles. Así es que le dirigió la media sonrisa que solía utilizar cuando quería ganarse la confianza de los testigos de un caso, e insistió—. ¿Lo sabía? Seguro que sí, claro. Ella debía de contarle todo. Y más una cosa como esa.

—¿No lo iba yo a saber? —respondió la tata, todavía molesta con las últimas preguntas de Mateo.

Nicolás volvió a sonreírle, se inclinó hacia adelante en su sillón y bajó el tono de voz, como si tratase de acercarse a ella y fuesen a hablar entre amigos.

—¿Le gustaba a usted el pretendiente, señora Berta? Para la señorita sería muy importante su opinión. Me han dicho que la quería a usted muchísimo.

Hay momentos en que es más importante la reacción ante una pregunta que la propia respuesta. La tata se echó hacia atrás en el sillón y sonrió como si estuviera asintiendo. Una vez arrellanada contra el respaldo, miró alternativamente a los dos brigadas y se dedicó a examinarlos.

Se parecían como si fueran hermanos, la misma estatura, muy superior a la normal, y los mismos hombros anchos y acogedores; los mismos ojos pardos, grandes y vivos; la misma boca atractiva y carnosa, el mismo color castaño de pelo, aunque Mateo lo llevaba siempre en su sitio y a Nicolás se le escapaba de vez en cuando un mechón que le tapaba la frente, y él se lo colocaba hacia atrás con la mano o con un movimiento de cabeza.

Si no fuera por el óvalo de la cara —en Mateo un poco menos pronunciado que en Nicolás—, cualquiera podría haberlos confundido con hermanos gemelos. Era como si los hubieran buscado a propósito para confundir a los testigos y desconcertarlos.

Ambos llevaban puesto un gabán largo de un color parecido, el de Mateo más claro que el de Nicolás, pero oscuros los dos. Se cubrían la cabeza con un sombrero hongo que no se quitaban al entrar en la casona, sino cuando

se retiraban el abrigo en la biblioteca y se lo entregaban a la doncella, que les había seguido desde el recibidor con los brazos extendidos.

Debajo del gabán vestían un traje de chaqueta pasado de moda, con su chaleco y sus leontinas del reloj a la vista. Siempre llevaban una cartera llena de papeles y una libreta negra en la que escribían sus anotaciones sobre los interrogatorios. En lugar de corbata, llevaban pajaritas pequeñas de seda; la de Nicolás, siempre mal anudada, de color rojo granate, y la de Mateo, de un azul marino cercano al negro.

Nicolás dejó que la tata se relajase mientras los observaba, y, cuando le pareció que había conseguido sentirse cómoda, continuó preguntándole como si la estuviera invitando a compartir una indiscreción.

—Dígame la verdad, señora Berta, ¿le gustaba a usted el pretendiente de la señorita Bruna, aunque fuera de una familia tan distinta a la de los vizcondes?

—Pues claro que sí. Pobre criatura. Tan buen mozo y tan bien como se portaba con mi niña. ¡Cómo no iba a gustarme! Pero estuvieron muy poquito con la relación. No les dio tiempo.

—¿Y a la familia? ¿Les gustaba el buen mozo?

—Tenga usted por seguro que, de no haberles gustado, mi niña no habría durado ni un soplo de viento con él.

—¿También al vizconde?

—Él no se manifestaba —contestó Berta como si estuviera hablando con una amiga de toda la vida en la plaza de abastos—. La señorita Julia tenía sus peros y sus miramientos, eso nadie lo puede negar. Pero el señor no decía ni que sí ni que no. Le bastaba con que lo quisiera la niña.

—Y ¿qué peros eran los de la señora doña Julia? —intervino Mateo, una vez relajado el ambiente.

—Ellas eran inseparables... Y... a ver cómo le explico yo lo que le quiero explicar... Estaban demasiado unidas. Pero a la señorita Julia no le gustaba el zagal por nada que tuviera que ver con él ni con su gente. A ella no le habría gustado ninguno que se le hubiera acercado a mi niña.

—¿Estamos hablando de celos? —continuó Nicolás Torrehermosa en su tono confidencial.

Y la tata le contestó de nuevo como si estuviera hablando con una amiga de siempre.

—Celos no, por Dios Santo y Bendito, pero la señorita Julia no es de las que les gusta ver cómo crece el trigo en el campo de enfrente si ella no ha puesto ningún grano para sembrarlo.

Los guardias civiles volvieron a mirarse con cara de no entender y preguntaron al tiempo:

—¿Qué quiere decir?

—¡Nada! ¡Yo me entiendo! Son cosas mías.

—Pero sus cosas pueden ser muy importantes para la investigación, señora Berta —le dijo Nicolás para tirarle de la lengua—. ¿Ha querido decir que si ella no maneja los hilos prefiere no tirar de las marionetas?

—¡Eso lo ha dicho usted, no yo!

★★★

Todo el mundo decía que la joven Bruna y su tía Julia habían heredado los rasgos de don Humberto Pacheco del Valle, octavo vizconde de Atlaslomas, padre de Julia y abue-

lo paterno de Bruna, un hombre apuesto, con un don de gentes natural y un atractivo que no se limitaba a su aspecto físico, a pesar de que la naturaleza no se había portado mal con él. No. El magnetismo del vizconde no residía en su físico, sino en el respeto, la cercanía y la cordialidad que mostraba frente a cualquiera con quien tratase, fuese hombre, mujer, caballero o lacayo.

Era extraño encontrar a alguien que lo conociera que no lo considerase un hombre de bien, afable, de un carácter alegre y optimista que solía contagiar a los demás.

Su presencia no pasaba desapercibida para nadie. Siempre impecablemente vestido, con sus gabanes largos o su capa española, dependiendo de la ocasión, como sus chaqués y sus fracs; sus levitas negras de buen paño de lana; sus corbatas de lazo con sus alfileres de piedras preciosas, siempre a juego con sus chalecos de seda estampados; sus sombreros de copa; su colección de bastones, muchos de ellos heredados de los anteriores vizcondes; su reloj y su leontina de oro, también heredados; sus guantes de gamuza blancos, y una estatura que solía superar a la de cualquier hombre de su alrededor.

—¿Conoció usted al anterior vizconde, señora Berta?
—le preguntó Nicolás Torrehermosa a la tata, completamente relajada ya en su sillón.

—¿No iba a conocerlo? ¡Pues claro que lo conocía! ¡Era el amo de la comarca entera! —contestó Berta mientras dibujaba un semicírculo extendiendo brazos hacia adelante, para señalar la enorme extensión de las tierras—. Hasta que llegó su hijo, el padre de mi niña, y se hizo cargo de la propiedad.

—Pero... don Humberto padre no vivía en la hacienda —añadió el brigada Mateo—. Tengo entendido que se marchó a vivir a Madrid cuando era muy joven.

—Pero nació, se crió y se casó en el pueblo. Y también fue alcalde de la aldea, igual que lo fue su padre y lo es su hijo ahora. Y no dejó de venir para las cosas que tenía que venir, las del pueblo y las de sus tierras. A lo menos venía una vez al mes para cobrar las rentas y darles una vuelta a las fincas y a la alcaldía.

La tata miró a su alrededor para comprobar que no les estuvieran escuchando, a pesar de que no había nadie más que ellos en la biblioteca, y bajó la voz para continuar.

—El padre y el abuelo eran muy diferentes al hijo. ¡Dónde va a parar! Don Humberto padre era un señor de los pies a la cabeza. Igual que el abuelo don Humberto. Pero el padre de mi niña... —y volvió a mirar con desconfianza a su alrededor y a bajar un poco más el tono—. Verán... don Humberto hijo... si sus señorías me permiten la confianza... desde que llegó a la casona...

La tata Berta se mordió el lateral del labio inferior. Parecía dudar entre seguir hablando o callarse, pero se tapó la boca como si quisiera amortiguar el sonido de su voz, se recolocó en su sillón y comenzó a susurrar entre dientes.

—Verán... es que... no sé si sería un atrevimiento por mi parte... es muy delicado... el caso y la cosa es que... verán... no quisiera yo que sus señorías pensaran que...

Al ver que la tata Berta no terminaba de arrancar y no paraba de morderse la comisura del labio, cada vez más nerviosa y dubitativa, Nicolás la interrumpió para tratar de tranquilizarla.

—No tiene que llamarnos señorías, no lo somos —le dijo con su media sonrisa forzada.

—Basta con brigadas o agentes —añadió Mateo—, los dos tenemos el mismo rango. Él viene de la comandancia de una provincia, y yo de la comandancia de la otra. El caso ha levantado mucho interés en las autoridades de la región.

—¡Claro, brigadas o agentes, se comprende! —dijo la tata recuperando el tono alto de voz que la caracterizaba—. Esta familia es muy principal. Y, claro, con la gente principal ya se sabe y se entiende, hasta las ruedas cuadradas echan a rodar.

Mateo y Nicolás reaccionaron como si ambos estuvieran pensando lo mismo. Miraron a Berta con idéntica cara de asombro y le volvieron a preguntar a la vez:

—¿Qué quiere decir?

—¿Otra vez me salen con que qué quiero decir? ¡Por Dios Misericordioso! ¡Pues bien claro está lo que quiero decir! ¡Que buscarán hasta debajo de las piedras más pequeñas para que se sepa lo que le pasó a mi niña, Dios la guarde en su seno!

—No le quepa la menor duda —dijo Nicolás.

—No me cabe, no, señor. Porque si hubiera sido otra la pobrecita que encontraron como encontraron, a este riesgo no habría venido ni un cabo primera. ¿A que no? ¡Pues claro que no habrían venido! Pero aquí están ustedes. No uno, sino dos brigadas o agentes de la Guardia Civil. Para que empujen las ruedas y rueden, aunque sean cuadradas. Y eso que el señor alcalde lo investigó todo desde aquella maldita noche.

—A propósito del señor alcalde, ¿qué iba usted a contarnos cuando la interrumpió el brigada Torrehermosa hace unos momentos? —le preguntó Mateo.

Nicolás hizo un gesto de contrariedad, como si la pregunta de su compañero contuviera un reproche hacia él, y no fuera la primera vez que, de una u otra manera, censurase sus intervenciones o su forma de interrogar a un testigo.

—Sí, por favor, doña Berta, cuéntenos esa confidencia —dijo mirando a Mateo con la intención de que advirtiera su malestar—, estaba a punto de pedírselo cuando el brigada Granjeño comenzó a hablar de nuestros rangos.

Mateo le hizo a la tata un ademán con la mano para que continuase hablando, y ella los miró a los dos y los señaló con el dedo índice igual que una maestra señalaría a los alborotadores de una clase para no tener que reñirles.

—Me parece que hoy ya he hablado de más, señores brigadas o agentes. Y no me conviene. Pero sí les voy a decir una última cosa: todos los ojos no lloran el mismo día.

Nicolás y Mateo se miraron como siempre que no entendían a Berta. Pero ninguno le preguntó qué quería decir. Ella volvió a señalarlos con su dedo acusador, como si les estuviera ahorrando una regañina y esa lección tuvieran que aprenderla por ellos mismos. Después se levantó para dar por terminado su testimonio y se dirigió muy sigilosa hacia la puerta de la biblioteca. Antes de abrir, les pidió silencio con el mismo dedo índice sobre los labios fruncidos, y les advirtió con un gesto de que había alguien escuchando al otro lado.

El brigada Torrehermosa se acercó hasta la tata, y él mismo abrió la puerta de golpe. Berta tenía razón, Nicolás se encontró con la tía Julia frente a frente, intentando recuperar el equilibrio que perdió al querer retroceder.

★★★

Julia llegó a la hacienda el 8 de diciembre de 1860, tras el incendio que dejó ciega a su sobrina. En los diez años que compartieron, hasta que asesinaron a Bruna, se hicieron inseparables y desarrollaron entre ellas una relación que iba más allá del parentesco. Desde la admiración de una alumna por su maestra hasta el asombro de la propia tía por los avances que lograba su sobrina un día sí y otro también; desde el agradecimiento de la sobrina por los cuidados de la tía y por el enorme cariño que le mostró desde su llegada a la complicidad entre dos amigas, con una relación de confianza absoluta y recíproca.

Las dos eran jóvenes y soñadoras. Hermosas, divertidas, risueñas. Siempre juntas. Les hubiera encantado dar la vuelta al mundo y comérselo de un solo bocado.

A las dos les gustaba salir, bailar en la verbena de las fiestas del pueblo, pasear por el campo, recorrer el monte a caballo y llegar hasta el valle, tumbarse en la hierba fresca, mojarse los pies en el río, levantarse las faldas y las enaguas cuando nadie las veía y sentir cómo el agua corría entre sus piernas.

Les emocionaba distinguir el sonido de la corriente que discurría monte abajo desde el manantial, diferente al que producía el agua que se retrasaba bajo sus pies y golpeaba contra las piedras del fondo. Las distintas direc-

ciones del viento traían también sonidos distintos de cada aparcería. Los perros a lo lejos, los burros, los grillos y las chicharras, el silbido de los pastores, los gallos, el vuelo de los pájaros y sus polluelos en los nidos.

—¡Escucha, mi niña!

Y la tía Julia permanecía en silencio durante unos minutos, para ponerle a la niña el mundo a su alcance.

A veces, cuando la sobrina era pequeña y los niños del pueblo comenzaban a esquivarla para apartarla de sus juegos a causa de su ceguera, también jugaban a que Bruna se soltaba del brazo de Julia y era ella quien la guiaba. Olfateaba como un perrillo de caza los diferentes olores del camino de vuelta a la casona, tanteaba con los pies las distintas formas de las piedras o la consistencia de la arena y calculaba mentalmente las distancias y el número de curvas del camino.

A la joven le gustaba desafiar a su tía para ver quién de las dos llegaba antes a la Casona de la Cumbre con los ojos tapados y la sola ayuda de un bastón. Y, para asombro de todos, la sobrina siempre ganaba la apuesta.

De olor en olor, de sonido en sonido, de rugosidad en rugosidad, de guijarro en guijarro, de recodo en recodo. Aliada con la naturaleza para demostrarle al mundo todo lo que se podía llegar a aprender para desenvolverse sin ayuda.

La libertad. Esa batalla que siempre hay que ganar a pulso, y defenderla día a día para que se mantenga intacta. Vigilarla para que no se desvirtúe y se diluya. Para que nadie ni nada la perturbe. Porque quien se acomoda o se distrae puede llegar a no reconocerla y creer que no necesita quitarse los grilletes.

El romero, las jaras, el hinojo, la lavanda, las moreras, la tierra de los senderos, los cinamomos, los naranjos, la madre-selva de la valla del huerto, los geranios, los rosales, las campanillas de invierno de los macetones que Julia ordenó plantar junto a los portalones del patio y de la casa grande, colocados estratégicamente para que la niña siempre supiera que había llegado a su destino.

Las dos presumían de cada desafío y de cada logro que alcanzaba la pequeña Bruna, como si les implicase de la misma forma a la una y a la otra. Como si ambas tuvieran el mismo mérito y la misma responsabilidad en cada victoria que conseguían, en cada intento por saltar una barrera, en cada fracaso y en cada vuelta al punto de partida.

Las dos consiguieron despertar la admiración de todo el Monte del Risco y que su historia se fuese extendiendo por las comarcas de las provincias como un ejemplo de superación. La sobrina sin la tía nunca lo habría conseguido, pero la tía tampoco habría conseguido una obra tan deslumbrante si no hubiera encontrado una materia prima como la de la pequeña Bruna.

Las dos podían estar orgullosas del camino recorrido. Siempre juntas. Felices de lo lejos que habían llegado y decididas a seguir avanzando, aunque no siempre fuese fácil ni seguro.

Las dos estaban llenas de vida la noche del 30 de diciembre de 1870, antes de que la tía bajase al sótano porque se había terminado el aceite del quinqué, y la cabeza de la más joven acabase apoyada sobre la mesa, entre borbotones de sangre. El lado derecho de la cara sobre el

mantel, y el izquierdo a la vista. El uno ensangrentado, el otro limpio y tranquilo.

Probablemente trataron de cerrarle los ojos, porque los párpados mostraban unas pequeñas manchas de sangre. Sin embargo, permanecían abiertos, profundos, mirando sin mirar. Unos ojos de color verde oscuro, como la fronda de un bosque o el fondo de un río bordeado de helechos.

Quien no hubiera sabido que un incendio los había dejado inútiles para siempre, en una noche parecida de diez años atrás, diría que aquellos ojos habían reconocido al asesino y lo estaban acusando. No podía ser. Pero el caso es que parecía que miraban.

Sujetaba su bastón en la mano derecha, y con la izquierda se había agarrado al mantel. Lo apretaba entre el puño cerrado en un gesto de rabia muy propio de ella, como si quisiera decir que no le dieron opción a girarse. Como si ella misma quisiera entender. Y también sujetaba con fuerza el bastón, pero no lo había cogido como si quisiera apoyarse, sino como si fuera a blandirlo para defenderse.

Cuando Julia volvió al comedor con la lámpara llena de aceite, le pareció desde lejos que estaba dormitando, como si un sueño repentino la hubiera asaltado y quisiera descansar.

Pero la sangre y el horror se hacían más visibles a medida que la tía se acercaba, un horror para el que nadie podía estar preparado. Un sinsentido que se hizo insoportable cuando distinguió la cabeza de su sobrina sobre la mesa, separada del cuerpo.

Inma Chacón nos sumerge de nuevo en una novela histórica cautivadora. Secretos, emoción y suspense en una saga de la España rural del siglo XIX.



La Hacienda de la Cumbre está marcada por la tragedia. Años atrás, su propietario, el vizconde de Altaslomas, perdió a su mujer en un incendio que también arrebató la vista a su hija. Ahora, una noche de diciembre de 1870, un grito desgarrador procedente de la casa vuelve a acabar con la paz en Aldea del Risco.

La hermana del terrateniente ha encontrado a su sobrina de dieciocho años asesinada. Todo ha pasado muy rápido. Apenas la ha dejado sola cinco minutos para ir a rellenar de aceite el quinqué y, cuando ha vuelto, la ha encontrado en un charco de sangre, reclinada sobre la mesa, con un corte limpio en el cuello.

Todos callan y todos mienten. Pero algo parece estar claro, el padre de la víctima tenía una relación muy extraña con su hija y no colabora con la investigación. Los indicios apuntan hacia el entorno familiar. Sin embargo, la tía de la víctima, la única testigo de los hechos, recuerda que vio a dos hombres embozados saliendo del patio. ¿Conseguirá descubrir la Guardia Civil la verdad?

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-45-1



9 788419 822451

Cod.:3630112